

FERNAND BRAUDEL: *Civilización material, economía y capitalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 3 vols., 1984.

Alguien dijo una vez que la Historia es la memoria colectiva de un pueblo. De la misma manera que no podemos salir de casa sin recordar lo que es un semáforo, un coche o la calzada, el hombre no debería enfrentarse a la vida sin recordar aquello que le vincula directamente con su pasado. En la práctica esto no es así; de hecho nos imaginamos la Historia en pantalla grande y cinemascopio. Nos sentamos a contemplar una especie de película grandiosa donde abundan las estrellas del séptimo arte: Cristóbal Colón, Madame Curie, José Martí, Felipe II, Otto von Bismark..., pero nunca reparamos en los otros actores, en los de reparto o los extras; miramos sin ver las multitudes que aclaman a César, los esclavos que transportan el trono de Cleopatra. Apenas nos fijamos en su corta e insignificante aparición. Y son ellos, el pueblo, quienes se encuentran más cerca de nuestra realidad cotidiana. Mucho más que los protagonistas.

Lo que no plantea dudas cuando nos sentamos ante la pantalla es el buen hacer de su director. Adivinamos si se trata de un artista o de un oportunista, si conoce el terreno que pisa o es un novato. Eso se sabe desde el primer plano, en la manera de enfocar el tema. Pues así la Historia.

Hay muy pocos historiadores que sepan hacer una historia total de nuestro mundo sin caer en la pedantería, la monotonía o un periodismo más o menos de calendario. Fernand Braudel lo hizo sin caer en ninguna de esas trampas. De entre los simples acontecimientos sacó las causas, las consecuencias que han convertido a nuestro mundo en lo que es. Trabajó en tres niveles para acceder a lo que consideraba la «Historia total»: eco-

nomía, sociedad y civilizaciones. Y lo más grande, a mi juicio, es que rastreó en las vidas y las costumbres de los innombrados, los que nunca aparecen en los libros de Historia por haber carecido de capacidad de mando, de genio investigador o de astucia política. O de dinero... Braudel convirtió la Historia en nuestra memoria colectiva. Trató a fondo los temas que no se tenían en cuenta. Revolió escrupulosamente los archivos de todos los países civilizados desde el siglo XVI hasta el XVIII. Se sumergió en la rutina diaria para estudiarla, como hizo Brueghel en pintura, y diseccionarla como el mejor de los cirujanos. El resultado fue una obra maestra, fascinante, que tituló: *Civilización material, economía y capitalismo*. El título puede interpretarse erróneamente, pero no nos engañemos, no estamos ante un tratado de economía, sino ante un modo distinto de concebir la dinámica histórica del hombre. Braudel nos muestra cómo el intercambio y las relaciones comerciales entre los diferentes Estados constituyen el *humus* vital de una sociedad, desde la más antigua a la más moderna. Cómo la economía y la riqueza de una nación son las bazas fundamentales de su progreso. Nos sorprende con la idea del capitalismo como hilo conductor de la Historia.

Empezó analizando *Las estructuras de lo cotidiano*, es decir, introduciéndonos de lleno en el mundo de cada día, en los problemas que la subalimentación, las epidemias, la peste y otras muchas enfermedades ocasionaron en la población europea de los siglos XVI y XVII, mostrándonos cómo, a pesar de todo, el equilibrio demográfico se mantenía inexplicablemente. Aprendimos que el trigo fue un cereal básico en la alimentación de los hombres, y a la vez un tirado del que sus esclavos no quisieron liberarse, porque sin él no existía esperanza de vida.

El descubrimiento de que el lujo no es una creación del mundo contemporáneo, ni de nuestra denostada sociedad de consumo, nos coloca en una posición nada original respecto a nuestros antepasados. Lo superfluo caminó siempre de la mano de la necesidad. Por mucha pobreza que sufriese la mayoría, el deseo de derrochar se hallaba presente en la mentalidad de la minoría con posibilidades. Ya lo dijo Gaston Bachelard: «El hombre es una criatura del deseo y no de la necesidad.» Ciertamente, el lujo previo a la Revolución Industrial consistió principalmente en el uso y abuso de los excedentes producidos por la sociedad: la carne en abundancia en las mesas de los ricos, la variación de sabores mediante especias traídas desde «Las Indias». Las nuevas bebidas importadas del continente recién descubierto: café, chocolate, alcohol; el exótico tabaco. Después, la llegada de los perfumes desde Francia, el abaratamiento de los precios del algodón con la consiguiente revolución en el vestir, el cuidado de la decoración... Nada nos resulta ajeno, a fin de cuentas seguimos siendo los mismos. Lo más sorprendente, desde mi punto de vista, es que Occidente, Europa, importó del Oriente la mayor parte de sus lujos, de sus refinamientos, y los creyó producto de su propia naturaleza, exportándolos después como propios.

Dentro del plano de lo necesario, en los campos de la técnica y las fuentes de energía, el hombre va asistiendo a revoluciones progresivas que marcarán su avance de manera espectacular. Así, los molinos de agua y viento

en los siglos XI, XII y XIII propician grandes cambios en Occidente. Se impondrá la fuerza de los ríos. Surgirá la vela como uno de los motores más potentes al servicio del hombre. En las tareas agrícolas y de transporte terrestre, el caballo será siempre el mejor aliado del hombre; fue indispensable mucho antes de que los motores se impusieran. Después, en las grandes ciudades del XVIII en Europa, las herrerías y cuadras con caballos incluidos ocasionarán grandes problemas de tráfico y frecuentes atascos antes de que el automóvil hiciese su aparición en escena.

Las fuentes de energía variarán según los siglos y los lugares. La abundancia de bosques en Europa contribuyó al poderío de la madera como primer material capaz de generar energía. Después los descubrimientos y progresos técnicos propiciarían la evolución que cristalizaría en Revolución Industrial. Un ejemplo vuelve a remitirnos al retraso que sufría Europa frente a Oriente, y es que los chinos conocían la fundición del hierro desde el siglo V a. de C., mientras que aquélla no lo conseguirá hasta el XIV, lo mismo que la imprenta, conocida en China desde el siglo IX y en Japón utilizada desde el XI. Braudel se pregunta si podemos hablar de «transferencia»; lo cierto es que Oriente no es sólo el «desván espiritual» de Europa, como se le ha dado en llamar recientemente, sino su proveedor técnico desde el principio de la civilización. En el campo de los transportes, China fue el país que, a escala mundial, supo desarrollar mejor el comercio fluvial, agilizándolo considerablemente con respecto al terrestre y sirviendo de modelo al resto de sus observadores.

Económicamente hablando, Braudel nos hace comprender el choque que supuso la introducción de la moneda en unas sociedades perfectamente equilibradas por el sistema de trueque. La riqueza comenzará a desequilibrarse a favor de algunos, y se generarán fuerzas difícilmente controlables. El crédito y las letras de cambio aparecerán dentro del marco urbano, y las ciudades obtendrán supremacía sobre el campo. Así, con estas «anomalías del poblamiento», como llama Braudel a las ciudades, nos adentramos en el segundo libro de la trilogía, que con el título de *Los juegos del intercambio* nos familiarizará con los mercados propulsores de la economía y la apertura de las grandes ciudades al exterior. Aparecerá toda la plaga de usureros, prestamistas, contrabandistas y fraudes que enriquecerán a unos pocos e iniciarán las grandes fortunas familiares. El mercado será una fiesta, una oportunidad para lucirse, para presumir, una especie de teatro donde los más afortunados llevarán el peso de la actuación.

No todos los mercados serán de compra/venta de productos; el mercado del trabajo movilizará a los hombres del siglo XIII por toda Europa con el fin de «venderse» como asalariados.

Las tiendas nacen como alternativas del mercado. El carácter discontinuo de éste propiciará su éxito y las convertirá en su competencia. El sistema de créditos fue la base de su prosperidad, aunque también crearán dependencias y problemas entre comerciantes y clientes.

Las bolsas y las ferias se hallan en la esfera superior; estas últimas son, en palabras de Braudel, «el ruido, el estrépito, la alegría popular, el tatachín, el mundo al revés. Timbas, loterías, compañías de actores cómicos,

de charlatanes, de danzarines en la cuerda floja, de músicos...» El placer es lo que distingue las ferias; reuniones de comerciantes, las calles convertidas en grandes escenarios y el público selecto fundido con el pueblo, con los campesinos que siguen siendo la base del mundo.

La feria podía «tragarse», literalmente, a una ciudad, pues ésta dependía por completo de aquélla. Unas se sucedían a las otras en circuitos alternativos, con lo cual, cuando un círculo se cerraba, volvía a empezar; el mismo dinero circulaba de una a otra. El éxito de la primera determinaría todo el sistema de pagos europeos. Fueron famosas las ferias de Champagne en el siglo XIII, Ginebra y Génova en el XVI. La especialización siguió al declinar de las ferias, y los almacenes acabaron por sepultarlas.

Las bolsas serán «los lugares de encuentro de banqueros, comerciantes y negociantes, agentes de cambio y de banca, corredores y otras personas», según la definición de 1686. El Mediterráneo será el ámbito propicio de las bolsas desde el siglo XIV. Su mayor acierto fue la transformación del dinero en metálico a papel moneda, lo que benefició la rapidez de circulación considerablemente.

Fuera de Europa el Islam será el marco del mercado por excelencia. Las peregrinaciones a las ciudades sagradas cobijaron las ferias. Los buhoneros o «pedlars» del océano Indico e Insulindia desarrollaron un mercado de gran actividad.

En Asia, la itinerancia marcará los mercados. La India facilitó el crédito de forma inimaginable, y extendió sus redes de intercambio saltando de un mercado a otro, poniéndolos en relación. Las ferias fueron importantes en la India, el Islam, Insulindia, aunque son escasas en China y prácticamente no existen en el Japón —debido a que las tiendas están organizadas desde el siglo XIII.

Los mercaderes y circuitos mercantiles saturaron Europa. Como protagonistas indiscutibles aparecieron los italianos. En todas partes: conquistaron Oriente y Occidente desde el Mar Negro hasta Francia, ferias de Champagne, tráficos de Brujas, ferias de Ginebra, de Lyon..., creadores de las grandezas de Sevilla y Lisboa; amos de las ferias genovesas. Odiados y envidiados por doquier, compartieron importancia con los mercaderes hanseáticos, los de la Alta Alemania, los holandeses, ingleses, armenios, portugueses, judíos —presentes ya desde la antigüedad romana—. Todas estas redes se entremezclan, se asocian, se enfrentan, coexisten dando lugar al comercio mundial.

No obstante sería imposible hablar de mercados y mercaderes si no existiera una demanda, si no hubiese verdadera necesidad. Braudel insiste en la importancia que el factor demanda tuvo en la Revolución Industrial, ya que el pueblo en masa es un consumidor incomparable.

Introducidos en esta dinámica del intercambio, no sólo asistimos al de los productos entre mercader/consumidor, sino al de país con país. La balanza comercial desempeñó un papel importante en este ámbito, ya que de ella depende el saldo positivo de un Estado. Braudel aporta datos suficientes para conocer las balanzas favorables en distintas épocas.

Inevitable consecuencia de todo este manejo internacional de dinero será el CAPITALISMO. La sociedad señorial utiliza a los campesinos para

trabajar tierras que no les pertenecen. Los señores tratarán de aumentar la cantidad de trigo que puedan comercializar para su propio beneficio, olvidándose por completo de la condición de sus trabajadores, que no serán más que mano de obra.

En cuanto a la industria y antes de la Revolución Industrial veremos que nunca está parada, que con diferentes manifestaciones, más o menos primitivas, desarrolla una labor interesante. Entre los siglos xv y xviii, por ejemplo, hallamos cuatro categorías en la vida industrial: los talleres familiares, lugares de trabajo artesanal restringido que tuvieron gran importancia; los talleres dispersos, especies de fábricas diseminadas, pero interrelacionadas entre sí; las fábricas aglomeradas, que son manufacturas en su mayoría textiles; y las fábricas equipadas con máquinas, ruedas hidráulicas, muelles y fuelles metálicos. Braudel nos dice que no existe transición natural de la manufactura a la industria.

En contra de lo que pudiésemos pensar, agricultura y preindustria nunca se excluyeron; son actividades alternativas: el verano impone los trabajos de los campos y el invierno trae de la mano la artesanía. Savary des Bruslons, en el siglo xviii, dice que «los prodigios de la industria han surgido en el seno de la necesidad», ya que la población desocupada realiza actividades que alcanzarán los niveles de la industria. En el siglo xviii existen manufacturas e industrias rurales por todas partes y gracias a una economía boyante, la industria se generalizará poco a poco.

El ramo textil fue el impulsor de este apogeo, siendo el algodón material clave en la Revolución Industrial.

Braudel nos abre las puertas de la historia económica del mundo desde el siglo xv al xviii en el tercero y último tomo de su obra, *El tiempo del mundo*. Sitúa la economía en el tiempo y el espacio al lado de la política, la sociedad y la cultura. Analiza las economías de las ciudades que despuntaron en Europa, como Venecia y Amsterdam; se introduce en la red de relaciones comerciales establecidas por Inglaterra y Francia. Y también penetramos en ese mundo que queda por «detrás» de Europa, constituido por América, África negra, Rusia, Turquía, el Extremo Oriente..., cuya ayuda fue primordial para el desarrollo industrial europeo posterior al siglo xviii; entre otras razones, porque Europa «succionó» y se apropió de sus mejores tesoros. Dominó y gracias a ello brilló con luz propia sobre el resto del mundo. También enseñó una nueva organización a los lugares que «colonizó». El Eurocentrismo como fenómeno lógico del poderío absoluto. Todos acabaron aceptando, no obstante, el modelo europeo y progresaron o se estancaron a causa de él. El motor que impulsó a la Historia fue el capitalismo. Basta seguir su rastro para seguir el curso de la civilización. Un capitalismo sustentado por los grandes comerciantes, pero también por el pueblo, por esas hordas desconocidas de indígenas que se prestaban, vendían su trabajo para poder comer; por el pueblo que en su desbordamiento hacia el consumo, propició toda una revolución que cambiaría el mundo. Braudel descubrió la fuerza aplastante de las masas y quiso comunicárnoslo con su prosa amena. Este protagonismo de anónimos es tal vez lo más representativo del enfoque braudeliano, lo más nuevo en una Historia tradicionalmente contemplada como la suce-

sión de hechos importantes, de grandes conquistas, grandes batallas y no menos grandes personajes. Pero, ¿qué habría sido de las revoluciones, esas que transformaron nuestro mundo sin la participación del pueblo?

Los archivos son la fuente a la que acudir, los censos, los procesos, los sumarios. Braudel defendió con su trabajo la validez de éstos y los revalorizó sobre las bibliotecas. Porque es necesario acudir a la vida para entender la vida. El *Doomesday Book*, las cartas de la conquista de México, la relación de la destrucción de las Indias..., la realidad no la literatura. La Historia ha de ser objetiva, humana; Braudel lo sabía y lo puso en práctica creando una obra de arte. Nos dijo lo que ha sido nuestro mundo, lo que es, sin exageraciones, sin grandilocuencia.

Hace un año y dos meses, cuando murió, Pierre Vilar dijo de él: «Braudel se parece quizás más a Monet que a Cezanne, pero incluso si se prefiere a Cezanne, no puede negarse al genio de Monet su fuerza reveladora.»

M.<sup>a</sup> VICTORIA MENÉNDEZ JIMÉNEZ